

S.T. Prescott

Sergio Mars

Avance gratuito en PDF

La invocación del picto

Relato completo: «La marca de la muerte»

Cápside Editorial

<http://rescepto.wordpress.com/capside-editorial>

Prólogo

Los mapas de los sabios encierran una magia muy especial. Su función no consiste, como piensan los colonos, los caravaneros o incluso los reyes, en ubicar un lugar en concreto en relación con todos los otros, ni en marcar los caminos entre ellos. No, su misión es mucho más importante. Se encargan de señalar las fronteras entre lo conocido y lo ignoto, de enmascarar las fuerzas salvajes primordiales bajo trazos que aluden vagamente al mar, a un bosque o a una cadena montañosa. Una ficción urdida para disimular la verdad: que agazapada justo más allá de donde la vista alcanza puede medrar cualquier cosa.

Uno de tales enclaves, al norte y un poco al oeste del centro del mundo, lo constituyen los Montes Raajniakiri; una cicatriz aserrada que contiene como un dique los páramos de hielo que se difuminan del otro lado en la nada. Allí, tan cerca del cielo que parece como si un tajo descuidado propinado a la luz de las estrellas pudiera rajar el pellejo de la noche, la vida supone una lucha constante; contra las fieras, contra los hombres, contra los dioses, pero sobre todo contra los implacables elementos. Esas tierras esculpen, a partir de la propia roca madre, un linaje muy especial. Hombres duros, taciturnos, pacientes como el líquen que poco a poco va devorando las montañas, pero al mismo tiempo de emociones explosivas una vez han sido despertadas.

En retrospectiva, se antoja evidente que aquel debía ser uno de los focos del incendio destinado a arrasar el mundo. Durante centurias, los iniciados habían propuesto y discutido candidatos: Rigale, Almadur, Tsempao... Confundieron la meta con el origen. Les cegó el orgullo. Tenían en demasiada estima los dudosos méritos de la civilización, ese artefacto de fachadas imponentes e interior hueco, erigido bajo el capricho absurdo de alguna especie de locura colectiva y perpetuado por simple hábito.

El orden es una aberración. Ha de ser impuesto al caos por la fuerza. Y resulta ingenuo pensar que su dictadura perdurará por siempre.

Nota del compilador:

El prólogo que acaban de leer se encontró entre los papeles de Sean Thorgeir Prescott a su muerte, acaecida en 1955, aunque no fue sino hasta hace relativamente poco que su archivo se puso a disposición de los investigadores y pudo ser clasificado y catalogado, abriendo la posibilidad de profundizar en el estudio de su obra. S. T. Prescott, como firmaba sus relatos, no fue un autor prolífico. Apenas docena y media de textos, entre relatos y novelas cortas, en los siete años que median entre su primera y su última publicación profesional.

Poco se sabe de su trayectoria previa. Tan solo que publicó al menos una primera versión de «La marca de la muerte» en un fanzine amateur, *The Lost Scrolls*, del cual no se conserva ningún ejemplar. Ese cuento, «*The challenge*», es la semilla de la Saga de Nergal, su

obra más significativa, que aquí se presenta por primera vez completa; al menos hasta donde llegó Prescott. Hacia finales de 1937, la revista *Weird Tales* incluyó «*Death's mark*» («La marca de la muerte» en la presente edición), su debut en revistas de pago. En la carta de presentación al editor se mencionaba la muerte de Robert Ervin Howard como acontecimiento crucial de cara a dar el paso de proponer su historia para publicación, y la influencia del autor tejano y de su más famoso personaje son evidentes en el texto, al igual que una clara afinidad temática con la obra de otro de los grandes autores de *Weird Tales*, Clark Ashton Smith, aunque no se tiene constancia de que Prescott llegara alguna vez a mantener correspondencia con ninguno de ellos.

Al año siguiente, apareció en la misma publicación la novela corta «*The monastery of the Red Brotherhood*» («El monasterio de la Hermandad Roja»), que continuaba la historia de Nergal para satisfacción de los lectores que habían expresado interés en el personaje. Luego nada durante cuatro años, hasta que en las páginas de *Unknown* un tal James Edlington presentó «*Steelstorm*» («Aguacero»). Se desconocen los motivos que indujeron a Prescott a utilizar un seudónimo, pero lo cierto es que no le sirvió de mucho, pues los aficionados, que se habían quedado con ganas de más aventuras del picto, pronto establecieron la conexión, forzando a que la siguiente entrega, «*Trial by truth*» («El juicio de Elil»), saliera en 1943 firmada con su verdadero nombre.

Ya no aparecerían más historias suyas, de Nergal ni de cualquier otra clase. Tan abruptamente como había irrumpido en el panorama literario pulp, S. T. Prescott lo abandonó. Se especuló con que podría haber fallecido, como tantos otros, en la Segunda Guerra Mundial, pero tal hipótesis acabó probándose errónea, aunque pocos son los detalles que se tienen acerca del período que media entre su retirada y su muerte.

Lo que sí puede afirmarse es que nunca dejó de trabajar en la historia de Nergal. El estudio de sus archivos ha revelado la existencia de una novela corta inédita, «*Behind the walls of Hope*» («Tras los muros de Esperanza»), escrita muy posiblemente hacia finales de 1937. ¿Por qué no salió en *Weird Tales*? Se desconoce, así como la razón que llevó a Prescott a saltársela cuando se pasó a la recién aparecida *Unknown*. Repasando los textos incompletos, ha aparecido también una sexta historia que, si bien y de forma curiosa no menciona explícitamente a Nergal, ha podido ser completada e integrada en la saga del picto, proporcionándole cierto grado de conclusión parcial, gracias al cuidadoso estudio de los apuntes para desarrollos futuros recogidos en docenas de notas breves y esbozos, que en general se han probado una fuente de información inestimable para completar este proyecto.

Incluso los manuscritos originales de los textos publicados, o versiones muy próximas a ellos, se hallaban cuajados de correcciones y notas al margen, proponiendo cambios para cohesionar los distintos elementos de la saga, afectando en ocasiones a escenas completas.

Ahora, tras un trabajo de nueve años en colaboración con Walter Burton y Julia Fedmoore, de la Universidad Estatal de Oregón, y con el permiso de los herederos de Prescott, creo que estamos en condiciones de ofrecerles el inicio de la Saga de Nergal tal y como su autor hubiera querido presentarla. Con toda probabilidad la versión de S. T. Prescott hubiera sido algo diferente, pero privados de su talento, espero que esta haga justicia a su visión.

E igualmente anhelo que ustedes, como lectores, disfruten de este viaje aplazado a la época dorada de la espada y brujería, cuando las mismas piedras traspiraban magia y el acero decidía el destino de los mortales. Sirva *La invocación del picto* de homenaje a S. T. Prescott, a Robert E. Howard, Clark Ashton Smith, Abraham Merritt

(de quien tal vez provenga el nombre del protagonista), C. L. Moore, Edgar Rice Burroughs, Fritz Leiber y todos aquellos otros autores, famosos o ya olvidados, que escribieron a tinta y sangre un capítulo glorioso en la historia de la ficción pulp y del propio género fantástico.

Sin más presentaciones (para más información sobre Prescott y su obra, les emplazo para el libro de ensayo de próxima aparición), les invito a conocer a Nergal, el Picto, el Krivanderjager, el Azote de Raajniak.

Que empiece la aventura.

Sergio Mars

Valencia, a 18 de abril de 2018

La marca de la muerte

I

Eran tiempos gélidos. El frío se abría paso a través de la piel agrietada, hasta alcanzar el interior mismo de los huesos, convirtiendo cada movimiento, por simple que fuera, en un suplicio. Cada inspiración escarchaba los pulmones y hacía que el pecho ardiera, consumiendo las magras reservas de energía que apenas podían ya mantener el espíritu atrapado en el cuerpo. Ardía también, desde hacía tres días, una gran hoguera, alimentada con suficiente leña para haber entibiado las chozas del clan durante toda una luna. En torno a ella se disponían tres hombres, tendidos desnudos boca abajo sobre sendos lechos de ramas de enebro hembra. A su alrededor, a cierta distancia, se distribuían en un círculo irregular las cuatro decenas de supervivientes, mirándolos fijamente con ojos febriles; sus miembros enjutos asomando entre pieles que más que abrigarles buscaban ocultarlos al mundo; sus manos y rostros ulcerados por el implacable castigo del aliento de los hielos.

Un anciano arrugado, ataviado con pieles andrajosas de lobo, se movía espasmódicamente entre las figuras inertes, canturreando sin melodía y deteniéndose de tanto en tanto junto a una de ellas. Entonces, un joven, que aguardaba en la tierra de nadie entre los dos anillos, se le aproximaba con un cuenco repleto de pigmento azul. El recipiente se había obtenido del cráneo de un oso, y presentaba signos evidentes de desgaste. El chamán parecía ignorar su presencia. Miraba confuso a través y más allá de los cuerpos tendidos, a otros planos de la existencia. Luego sumergía una lanceta, tallada de la

quijada de un lobo, en la tinta, dejando que se impregnara bien del líquido oscuro.

El muchacho dejaba el cuenco en el suelo, cerca de ellos, y preparaba la porción de piel que el brujo miraba sin ver: un hombro, una nuca, una espalda... La masajeaba y luego se preocupaba de que estuviera tirante. El chamán seguía sin prestarle atención, perdido en su trance, hasta que, sin previo aviso, comenzaba a golpear, practicando profundas incisiones en la carne del yaciente. Veloz, firme, sin vacilaciones, introduciendo el pigmento a la fuerza bajo la piel y recogiendo tinta tantas veces como fuera preciso. La sangre manaba en abundancia. Cesaba de pinchar con la misma brusquedad impredecible. El muchacho limpiaba entonces la herida con nieve, recogía el cuenco y se retiraba. Y así una y otra vez, sin descanso, sin que pudiera apreciarse ninguna pauta ni propósito claro en su actividad. Sin embargo, tres patrones bien diferenciados iban cobrando forma en los respectivos lienzos de piel mancillada.

El rito era complejo y peligroso. Solo la desesperación había podido inducirles a ejecutarlo. Los recursos en las montañas de Raajniak eran, en el mejor de los casos, limitados, y un solo año malo ya podía constituir un desastre. Se encontraban al final de la tercera temporada de hambruna. Los territorios de caza tradicionales ya no producían bastante alimento, y las partidas debían alejarse cada vez más, hasta chocar con los límites también en forzosa expansión de los clanes vecinos. Era una cuestión de supervivencia. No había suficiente alimento para todos.

La invocación iba precipitándose hacia su fin. Los tres voluntarios tenían ya el pecho, los brazos y casi toda la espalda surcados por cortes teñidos de azul. Pese a los ungüentos cicatrizantes, las heridas presentaban mal aspecto, con los labios a medio cerrar, enrojecidos e hinchados. En una luna, aplicando los cuidados necesarios,

quizás podrían haber curado, y sin examinar las cicatrices con detenimiento, solo se verían las líneas indelebles de pigmento bajo la piel, aunque no iban a disponer de una luna. En un par de días habría acabado todo, de un modo u otro.

El chamán se tambaleó. Se movía por puro instinto. Todavía se sostenía en pie gracias a las drogas que recorrían sus venas y que había estado ingiriendo como único alimento desde el inicio del ritual. Quedaban pocas puntadas que asestar, pero él no lo sabía. Ya no era consciente de nada que no fuera el rugido de la oscuridad en sus oídos y los latidos arrítmicos de su corazón. Se detuvo. Esperó. Mojó la lanceta en el cuenco e intercambió por enésima vez tinta azul por roja sangre. Luego supo que había terminado, aunque este conocimiento no despertó en él ningún sentimiento, pues se encontraba ya fuera del alcance de la experiencia humana.

El muchacho que lo asistía percibió que algo había cambiado. Se estremeció, y no porque la temperatura pareciera haber descendido de forma considerable, sino porque el verdadero rito de invocación empezaba entonces. También los integrantes del círculo externo fueron conscientes de ello. Un murmullo se propagó entre ellos, aunque ninguno había osado abrir la boca. Era el rumor producido al cambiar el peso del cuerpo de un pie al otro, al temblar bajo las pieles, al apretar los puños hasta hacer crujir las articulaciones, al soltar aire en una espiración explosiva; todo ello al unísono, como un único espíritu, un solo clan, unidos en la culpa y la determinación. El muchacho tomó el cráneo de oso y vertió el pigmento sobrante en la hoguera. Un olor nauseabundo impregnó el ambiente. Nadie le prestó atención.

Los tres hombres tatuados intentaron incorporarse. Después de haberse pasado tanto tiempo tumbados, sin comer ni casi beber, las piernas y los brazos les temblaban hasta el punto de casi impedirles alzarse más

de un palmo del suelo. Nadie fue en su ayuda. Terminaron de erguirse por pura fuerza de voluntad. Habían sido escogidos entre los más fuertes, pero la prolongada carestía había hecho mella en su físico, y el ayuno de los últimos días no había contribuido a mejorar las cosas. A un observador ajeno a las montañas y a las circunstancias quizás no le hubieran parecido muy impresionantes, pero eran los mejores guerreros con los que aún contaba el clan.

El muchacho tendió el cuenco al chamán. Este lo cogió de entre sus manos y lo estudió, como si en su fondo manchado pudiera leer secretos primigenios. Si así fue, nada reveló sobre ellos. Se limitó a dejar el recipiente en el suelo, frente a sus pies, y a extraer un cuchillo de entre las pieles que lo cubrían. Sin titubeos, se abrió el brazo izquierdo con el filo y dejó que la sangre manara dentro del cuenco. En todo ese tiempo no había dejado de cantar, aunque en voz tan baja que los sonidos apenas lograban escapar del cerco de sus dientes. Una vez estuvo medio lleno, se inclinó y lo recogió. Flaqueó un instante y estuvo a punto de caer, pero se rehizo. Se llevó el cráneo a los labios y se llenó la boca con su propia sangre. A continuación, se plantó frente al primero de los hombres y le escupió en el rostro. Hizo lo mismo con los otros dos.

Se le cayó el cuenco óseo. Golpeó contra una piedra y se agrietó, pero no importaba; nunca más sería usado. A través de la herida, junto con la sangre, se habían vertido las últimas fuerzas que le quedaban, pero aún tenía que cumplir una última tarea. Con un dedo tembloroso, trazó sobre la frente del guerrero que tenía frente a sí un símbolo arcano, aprendido largo tiempo ha de su maestro, quien se lo había transmitido dividido en tres trazos, dibujados en tres noches sin luna de tres años diferentes. Se arrastró hasta el segundo hombre y repitió el símbolo. La vida se le escapaba. El brazo había seguido

sangrando, y su palidez cadavérica mostraba a las claras que apenas le quedaba esencia vital para hacer funcionar su corazón. Llegó a duras penas hasta el tercero y alargó el dedo. Solo levantar el brazo lo necesario supuso un esfuerzo titánico. Apoyó la yema en la frente del guerrero y repitió por última vez los movimientos. No había tenido ocasión de enseñar a su discípulo las partes del símbolo, así que nadie pudo saber que, por muy poco, apenas una muesca, aquel no llegó a completarlo antes de que la muerte lo reclamara para sí.

El muchacho que lo había asistido contempló con ojos desorbitados su cadáver. Era demasiado joven, no estaba preparado. En condiciones normales hubieran debido pasar muchos inviernos antes de que le hubiera sido permitido asumir las responsabilidades espirituales del clan. Ahora tendrían que conseguir los servicios de algún hombre-bestia errante para que cumpliera esa función y terminara su instrucción, pero eso sería una vez superada, si lo conseguían, la crisis en que estaban metidos. Uno de los integrantes del círculo externo, un hombre de edad madura, con espesos bigotes en los que comenzaba a predominar el gris, se separó del resto y caminó hacia la hoguera con paso firme aunque trabajoso, como si estuviera vadeando por nieve espesa. Apoyó su mano derecha en el hombro del muchacho y le ayudó a levantar el cuerpo del anciano.

Entre los dos lo desnudaron, arrancándole las pieles de lobo y quitándole todos los amuletos que llevaba al cuello, en las muñecas y en los tobillos, algunos de ellos desde hacía tanto tiempo que se habían incrustado en la piel y hubo que emplear el cuchillo para desprenderlos. Cuando terminaron, lo ataron al tronco de un tejo joven y lo cruzaron sobre la hoguera. El joven hizo sentar a los tres cazadores. Con extrema relucencia les dobló las rodillas y les tiró de los hombros hacia abajo. Apenas se resistían a estos manejos, como si la voluntad les hubiera

abandonado por completo. La magra carne del chamán empezó a tostarse, despidiendo un aroma que, a su pesar, azuzó el hambre de todos los reunidos en torno al fuego. Ninguno hizo, empero, ademán de acercarse a la hoguera. El tabú era demasiado fuerte, e incluso de resquebrajarse, nada podía derribar la barrera de terror que los mantenía a raya, como impotentes espectadores del despertar de fuerzas que escapaban a su comprensión.

Las estrellas salieron y se escondieron mientras la carne del chamán se agrietaba y exudaba jugos. Nadie se movió ni emitió el menor sonido en aquella noche interminable; ni siquiera los niños escuálidos, que lo observaban todo con ojos de lechuza, demasiado pequeños para entender lo que ocurría, pero sintiendo, quizás con mayor sensibilidad que sus padres, vibrar el aire por las oscuras energías que habían sido invocadas.

Con las primeras luces del amanecer terminó de asarse el cuerpo del anciano hombre-bestia. Su joven aprendiz lo retiró de las brasas y comenzó a trincharlo con su propio cuchillo. En el intervalo que había mediado desde su muerte, había conseguido tranquilizarse, así que logró preparar las tres raciones sin excesivas dificultades. Las aderezó con diversas hierbas y hongos, algunos de los cuales había considerado venenos mortales hasta que le habían sido señalados por su maestro como parte de su última y amarga lección, y las sirvió a los tres escogidos. Los restos no alimenticios o impuros los arrojó a los rescoldos, que pronto avivarían con nueva leña para que se carbonizaran.

Los guerreros devoraron la carne. Al principio sus estómagos, mal acostumbrados, protestaron, pero pronto hicieron efecto los alucinógenos, adormeciendo las protestas de sus vísceras. Era el primer alimento de verdad que probaban desde el último cuarto menguante. Con cada bocado recuperaban las fuerzas perdidas por meses de privaciones, e incluso otros dones, facultades que los

hombres habían perdido muchos milenios atrás o que aún tardarían siglos en dominar. No podía sobrar nada. Siguieron comiendo hasta consumir el último bocado. Entonces se pusieron en pie, sin necesitar ayuda de ningún tipo. El vacío de sus ojos había sido reemplazado por una voluntad inquebrantable, solo que no era la suya. La invocación había concluido. El Clan del Lobo contaba con tres instrumentos para reafirmar, a través de la muerte, su derecho a la vida.

Con reverencia no exenta del más primordial temor, los equiparon para la tarea que les aguardaba. Los vistieron con ropas que serían insuficientes para combatir el frío imperante de no arder en su interior el fuego de la guerra, pues lo prioritario era que dispusieran de plena libertad de movimientos para cumplir mejor su macabra misión. Los equiparon con las mejores armas del clan, acero obtenido de comerciantes de las tierras bajas: espadas, hachas de batalla, cuchillos... Nada de proyectiles o armaduras, pues utilizarlos sería una ofensa hacia los poderes salvajes a cuya caprichosa protección se habían encomendado. No hubo despedidas. Aquellos ya no eran sus amigos, hijos o hermanos. Los vieron partir con los corazones marchitos; anhelando, sin demasiadas esperanzas, que el tiempo de vida que habían comprando a tan alto precio bastara para llegar a perdonarse por haber hecho descender sobre ellos y sobre el Clan del Búho Nival la maldición de los krivanderjager.

II

Los pictos avanzaban con igual determinación por la roca desnuda y por la nieve más espesa. Lo único que les importaba era su objetivo; el camino hasta él resultaba irrelevante. Los tres habían sido grandes cazadores en

vida. Conocían aquellas montañas mejor de lo que muchos llegaban a conocer los estrechos límites de sus aldeas. Aquella información seguía formando parte de ellos, atrapada en el fondo de sus cerebros, disponible para que la locura que los dominaba hiciera uso de ella, seleccionando los pasos de montaña más directos, que no necesariamente los más seguros. La tradición estipulaba que la separación entre dos aldeas no debía ser inferior a la distancia recorrida en dos días de marcha, lo cual garantizaba en tiempos normales el abastecimiento y no obstaculizaba en exceso el intercambio de bienes, pero eran dos días a un paso racional. Con la cadencia demente impuesta a su marcha, llegaron a los dominios del Clan del Búho Nival un poco antes de la medianoche.

Los estaban esperando. La perturbación del orden natural que suponía su invocación no podía dejar de ser percibida por ningún hombre-bestia en varias jornadas de marcha a la redonda. Incluso aquellos que no habían sido introducidos en los misterios pero poseían cierto grado de talento natural habían experimentado sueños negros y habían sentido como se tambaleaba su voluntad de vivir. Todos cuantos podían empuñar un arma se habían apostado en una explanada frente a las chozas, aferrándose a la tenue esperanza de imponerse por la pura fuerza del número a los atacantes, y salvar con su sacrificio la simiente del clan. Eran una tribu poderosa. Incluso en tiempos como aquellos habían podido contar con tres docenas de defensores. El doble de ese número, entre niños, mujeres y los pocos ancianos que aún no se habían adentrado en los bosques para morir por ser depositarios de algún conocimiento especial, aguardaba el desenlace en torno al fuego de la choza de los antepasados.

También ardían varias hogueras en el exterior. La oscuridad era el dominio de la muerte, así que había que procurar desterrarla del campo de batalla. El jefe del clan estaba algo adelantado al resto de sus hombres. Vestía

los ornamentos rituales de su rango: la corona de astas de ciervo como caudillo y el manto de plumas de lechuza nívea como chamán. En las manos sujetaba una vieja hacha que había sobrevivido a muchas batallas. Escuchó los pasos de los krivanderjager casi al mismo tiempo que distinguió sus formas a la luz mortecina de las estrellas. Lanzó un grito de guerra, que fue la señal para que se avivaran las hogueras, y tuvo tiempo de aprestar el arma antes de que le alcanzaran los atacantes.

Mientras pasaban junto a él, sin disminuir su marcha, el primero de ellos bloqueó su golpe, el segundo le abrió el vientre de un tajo y el tercero descargó un hachazo lateral contra su cuello. Murió en primer lugar, como era su deber. Ya no podía hacer más por su clan, tan solo actuar como avanzadilla frente a los horrores del inframundo, y procurar protegerlos mejor en la muerte de lo que había conseguido hacerlo en vida.

Los tres berserkers del Clan del Lobo se lanzaron entonces contra el resto de defensores, que intentaron separarse para poder rodearlos y sacar ventaja de su número. En el exterior, los arqueros procuraban acertarles con sus flechas, aunque dado que no paraban de moverse de un modo imprevisible, las más de las veces eran sus propios compañeros quienes resultaban abatidos por sus disparos. La refriega, de extrema violencia, duró poco. Se trataba de matar y morir, sin adornos, sin otro fin que la propia matanza. De vez en cuando un golpe afortunado o un proyectil perdido alcanzaba a los atacantes, pero nada podía detenerlos. Incluso sujetándose los intestinos con una mano para evitar que se le escaparan por un espantoso desgarró en el abdomen, uno de los krivanderjager destrozó a tres búhos antes de ser finalmente abatido por las lanzas de sus compañeros. Fue una victoria pírrica. Ya solo quedaban ocho defensores frente a dos atacantes. A la luz del fuego, el campo de batalla, en negro sangre, destacaba contra la blancura de la nieve.

No pidieron clemencia. Era una lucha por la supervivencia o la extinción, sin términos medios. Cambiaron de estrategia. Se reagruparon y atacaron al unísono, buscando mediante un ataque suicida abrir una brecha que al menos uno de ellos pudiera utilizar para asestar un golpe mortal. Estaban desmoralizados y débiles por el hambre. Fueron barridos por la furia de sus contrincantes, quienes despreciando su propia seguridad se lanzaron contra ellos. Los lobos se escabulleron entre las lanzas, y equipados con machetes, un arma más apropiada para la carnicería cuerpo a cuerpo, destrozaron a los búhos.

Las hogueras aún ardían con la fuerza de la madera recién prendida y ya solo quedaban en pie dos figuras terribles, respirando con pesadez a pesar de las drogas, al límite mismo de la capacidad sobrehumana; sus tatuajes resultaban invisibles bajo la sangre que los bañaba de pies a cabeza; en sus ojos todavía brillaba la locura. Dirigieron la vista hacia su meta final. El poblado del Clan del Búho Nival estaba abandonado, salvo por una luz que se adivinaba entre los tablones de la mayor choza. Uno de los krivanderjager se derrumbó entonces sin emitir sonido alguno. De su espalda sobresalían los astiles de dos flechas que le habían acertado casi al principio de la pelea. El otro no prestó atención al destino de su compañero. Se agachó y recogió del suelo un hacha de combate. Con paso vacilante se dirigió a culminar la misión por la que había sido invocado.

La puerta de la choza apenas resistió dos hachazos. A través de los tablones quebrados, los condenados contemplaron a su verdugo. Los niños más pequeños lloraban sin entender nada, pero nadie más emitió sonido alguno. No tenía sentido apelar a su misericordia o pedir clemencia. El único objetivo del krivanderjager era la muerte, lo sabían muy bien. Ellos mismo habían iniciado los preparativos —los lechos de enebro ya estaban dispuestos—

aunque para su desgracia habían aceptado la necesidad demasiado tarde. Su prosperidad relativa había jugado en su contra. El Clan de Lobo había alcanzado antes el grado necesario de desesperación para apelar a los poderes más negros. Al menos tenían el consuelo de que, si bien no existiría piedad, tampoco morirían por odio. El hacha se alzó y descendió sobre hueso y carne. Volvió a alzarse y volvió a caer. Una y otra vez. Sorda a los gritos de dolor y ciega a la magnitud de la hecatombe.

El silencio se había enseñoreado de nuevo del paisaje cuando volvió a salir el guerrero. El hacha había quedado abandonada en algún lugar entre los restos de la matanza, en su mano diestra enarbolaba un tronco con la punta en llamas. Pronto, el fuego hizo presa de la construcción a sus espaldas. El krivanderjager fue de choza en choza, prendiendo los techos de paja. Cuando terminó su labor destructiva se apostó en el centro del poblado, atento a que nadie escapara de las viviendas en llamas. Cuando resultó evidente que ningún búho podría salir con vida de aquel infierno, cayó de rodillas. Inclínó la cabeza sobre el pecho y el cansancio de cien muertes descendió sobre él de golpe, llevándolo al olvido.

III

Cuando despertó, el día estaba ya muy avanzado. Del poblado enemigo no quedaban sino unos restos humeantes, misericordiosamente cubiertos por un impoluto sudario blanco que disimulaba la tragedia y ubicaba todos aquellos actos de violencia en el pasado. Estaba helado como un cadáver, aunque el dolor que era su cuerpo le informaba de que aún no había abandonado el mundo de los vivos. Se puso en pie con dificultad, obligando a sus articulaciones a moverse. Los últimos rastros de las drogas, que como efecto secundario le habían salvado de morir

congelado, se habían disipado, dejándole como recuerdo un vacío abrumador. No era capaz de recordar nada de lo acontecido desde que había empezado el ritual. A su mente llegaban imágenes desenfocadas y efímeras que no se atrevía a retener por miedo a lo que pudieran descubrirle. Sabía bien cuál había sido su cometido, a qué se había ofrecido por salvar a su clan de la desaparición. Por ello agradecía aquel olvido como un regalo de los dioses del que, sin discusión, no era digno.

Miró alrededor. Por lo que veía, habían triunfado. No sintió alegría alguna en su interior. Había compartido el fuego muchas veces con los cazadores del Clan del Búho Nival. Algunos habían sido sus amigos. Incluso hubo una vez una muchacha... No, no valía la pena darle vueltas a lo que ya no existía. La supervivencia era lo único importante. Se dio la vuelta y contempló las montañas que lo separaban de su aldea. Se le antojó en el confín del mundo. Había conquistado la vida para los suyos, no para él. ¿Qué le restaba? ¿Sentarse a esperar su fin? ¡No! Su cuerpo, libre por un tiempo de la tiranía de su voluntad, ya había despreciado la oportunidad de desaparecer serenamente en la noche. Ahora volvía a ser él mismo. Nunca antes se había rendido y no lo haría entonces. Regresaría a casa. Aunque fuera para morir entre rostros amigos.

Se puso en marcha con decisión, sin que se le ocurriera siquiera la idea de robar a los muertos ropa de abrigo o armas. Podía intentar fingir que todo aquello lo había hecho otra persona, pero solo si huía de las consecuencias tangibles de sus actos.

Al parecer, la nevada había comenzado poco antes. La ventisca se fue haciendo más intensa a medida que avanzaba el día, o tal vez a medida que ascendía hasta el primer paso de montaña. El viento arremolinaba frente a sus ojos los copos, dificultándole la visión. Llevaba los brazos unidos frente al pecho, intentado evitar que se le

enfriara el corazón. Si se hubiera demorado un poco más en regresar a la consciencia ya no hubiera dispuesto de energías para levantarse, aunque lo más probable era que no hubiera podido despertar. Hubiera sido lo normal. Cuando el sueño te vence, solo en la montaña, no suele haber escapatoria posible. De todas formas, estaba demasiado fatigado para reflexionar sobre su extraña suerte. Además, aún no había sobrevivido al episodio. Por lo pronto, solo ponía todo su empeño en retrasar el momento final.

La cortina de nieve se hizo tan densa que prácticamente tropezó con la oscura figura que le aguardaba, sentada sobre unas piedras, en el punto más alto del paso. Se echó atrás por instinto y buscó algún arma entre sus ropas. Salvo una, las había utilizado o perdido todas. Se trataba de un puñal, el más humilde de cuantos había equipado. Debería bastar.

Aguardó, manteniéndose de forma inestable sobre las piernas, con la hoja de acero apuntando hacia el extraño, a que el otro hablara, para decidir si era amigo o enemigo. Mas solo el viento, apresurándose por los estrechos corredores y las sinuosas grietas de la montaña, rompía con su monótono lamento la quietud del mediodía. No solo se mantenía en silencio, sino que tampoco se apreciaba movimiento alguno; ni una respiración, ni un simple temblor. Nadie podía permanecer tan absolutamente inmóvil, y menos con aquel tiempo. Se acercó con precaución para ver mejor a qué se enfrentaba, y al hacerlo le entraron ganas de reírse de su propia estupidez, pues poco peligro podía suponerle un cadáver momificado.

Lo que había tomado por una vestimenta oscura era en realidad la propia piel del desdichado, ennegrecida por la congelación. Parecía como si esa piel hubiera encojido, apretando la carne de debajo. Se le marcaban todos los huesos y ligamentos. Unos mechones de pelo

lacio estaban pegados a su cráneo. Los labios se curvaban en una mueca, dejando entrever unos dientes podridos. No se le ocurría ningún motivo por el que algún idiota hubiera podido desear sentarse desnudo allá arriba, aguardando a la muerte, pero no le atraían los misterios. Lo único que le interesaba era saber si se trataba de una amenaza, y había decidido que no. Así pues, sin estar dispuesto a perder ni un instante más de su precioso tiempo, bajó el brazo del arma y se dispuso a proseguir su camino.

—¿Dónde vas, Nergal?

La pregunta lo detuvo en seco. Sin que su mente racional interviniera, aprestó el puñal y lo lanzó hacia el lugar donde se encontraba la figura sedente. El arma voló rauda y se clavó en el pecho del cadáver, hundiéndose sin encontrar resistencia hasta la empuñadura, pero ahí acabó todo el efecto que produjo. El puñal no pesaba demasiado, pero la empuñadura era lo bastante maciza para que un golpe de tal violencia hubiera desplazado a un objetivo tan ligero para atrás. Sin embargo, fue como si hubiera apuñalado un árbol centenario. Por lo que atañía al picto, el movimiento brusco, después de los acontecimientos de la noche anterior y la inmovilidad forzada durante la marcha, casi había conseguido que se le dislocara el hombro. Riachuelos de dolor le recorrieron todo el brazo, desde la punta de los dedos hasta la articulación del omoplato. La siniestra figura se limitó a volver su cabeza hacia él, con un crujido de tendones audible incluso en medio de la borrasca.

—Dime, ¿dónde vas? —repitió, con una voz que no había variado lo más mínimo su entonación. Una voz profunda y en modo alguno desagradable. El tipo de voz que se asociaría con un héroe o con un sabio. Solo que la modulaban unos labios resecos a partir del aire proporcionado por unos pulmones marchitos.

—Regreso a mi aldea, criatura —le respondió el guerrero, sudando pese al frío.

—Ah. ¿Ya no soy un pobre idiota con tendencias suicidas?

—No, aunque tu historia no tendrá por ello un final menos trágico.

—¿Y cómo piensas reescribirla? ¿Con esto? —preguntó, al tiempo que enmarcaba con sus manos huesudas la empuñadura que surgía de su pecho. El rostro seguía paralizado en una mueca desfigurada, pero la voz dejaba traslucir una diversión apenas contenida.

Nergal no respondió nada. Sopesó sus opciones y, finalmente, preguntó:

—¿Qué eres?

—Soy la Muerte.

—Te has dado mucha prisa en alcanzarme. Te dejé atrás, entre las ruinas del poblado de mis enemigos.

—No hay forma de huir de mí. Antes o después os alcanzo a todos.

—¿Vienes a completar el trabajo que los guerreros del Clan del Búho Nival no pudieron realizar?

En esta ocasión fue el turno de la momia congelada de no contestar. En lugar de eso cambió el tema de la conversación:

—Me complace que no hayas dudado de mi identidad.

—Mi puñal oscila en tu pecho al ritmo de tus palabras, y hasta el mismo musgo sobre el que te sientas aparece marchito. Solo un necio dudaría. Además, es lógico que te reconozca. Fui investido como tu emisario. Estas marcas —aclaró Nergal, al tiempo que señalaba con un gesto vago los extraños motivos zigzagueantes que empezaban a cicatrizar en sus brazos, torso y espalda— lo demuestran.

—Mi emisario no. Mi hijo —precisó la Muerte. Y esta vez el orgullo pareció conferir a su voz de una extraña cualidad vibrante.

—¡Vaya honor! ¡Provenir de ese patético tallo re-seco! —replicó Nergal, señalando los genitales consumidos de la momia. La Muerte sonrió. No era una visión agradable. El guerrero se estremeció. Aquello no conducía a ninguna parte. Decidió insistir—: ¿Qué buscas? ¿De-seas acaso completar el trabajo que los búhos no supieron finalizar?

—En absoluto. Nunca me entrego. El amo no recolecta en persona, para eso están los braceros. Como tú.

Ante estas palabras la mente de Nergal se abrió, y recordó sus acciones desde que había ingerido la carne del chamán. Fue testigo de cada muerte, de los gritos de los guerreros destripados, del terror en los ojos de sus víctimas, del llanto de los niños... Y fue consciente de que la voluntad había sido todo el tiempo la suya. La invocación solo había aletargado las restricciones y había dejado libre su yo más salvaje. La violencia y el deseo de sangre habían surgido de su interior, eran su responsabilidad. Se tambaleó y tuvo que apoyar una rodilla en la nieve. Empezó a respirar con inhalaciones profundas. Tenía la cabeza gacha y los párpados cerrados. La momia no dijo nada. Esperó a ver qué surgía de todo aquello.

Al cabo de un rato, el guerrero abrió los ojos. No le había sido revelado nada que no hubiera sabido ya. Había sido muy consciente desde el instante en que se había presentado voluntario de lo que significaba aniquilar a toda una tribu. Eran ellos o sus hermanos lobos. Había sido algo necesario, puntual. Volvía a tener el control de sus instintos. Podía regresar a su antigua vida. Se puso en pie.

—¡Bien! Sabía que no te vendrías abajo con tanta facilidad.

—¡Calla! Te repetiré mi pregunta: ¿Qué quieres de mí?

—Ah, la cuestión no es lo que yo quiero de ti, sino lo que Otros han dispuesto.

—¿Otros?

—Otros. Dejémoslo ahí. No lo entenderías. —Se quedó en silencio. Sus rasgos inmutables no dejaban traslucir nada de lo que pudiera estar pasando por su mente. Cuando dejaba de hablar volvía a parecer un cadáver que no se hubiera movido en siglos. Al guerrero se le ocurrió que todo aquello podía ser fruto de algún efecto tardío de las drogas, una alucinación con que su conciencia le castigaba por las atrocidades cometidas. Sin aviso previo, los labios coriáceos volvieron a moverse, articulando una pregunta que no parecía tener mucho que ver con el asunto de los Otros—: ¿Sabes lo que significa krivanderjager?

No le dio la oportunidad de contestar, como si supiera sin ningún género de duda que la respuesta sería, tras pasar por varias burdas aproximaciones, negativa, y quisiera ahorrar tiempo. Dijo:

—Es una construcción en un lenguaje muy antiguo, incluso para mí. No vive nadie que lo recuerde, pero algunas palabras especiales siguen en uso, para definir conceptos más viejos que la propia capacidad de pensar, demasiado primitivos para que los idiomas actuales puedan definirlos con precisión: palabras puras, libres del peso de milenios de connotaciones.

—¿Piensas terminar antes de que también esta se convierta en una lengua muerta? —escupió Nergal.

—Admiro a quien no se deja intimidar, pero todo tiene un límite —replicó el cadáver, con un tono en apariencia neutro, aunque algo en la deliberada precisión con que pronunció las palabras dejaba entrever un odio a duras penas contenido.

—Mi paciencia también se agota. Hace frío y me queda un largo camino hasta casa. Si tienes algo que decir, dilo, y si no vete de vuelta al infierno.

La momia se incorporó. En vida hubiera sido un hombre de baja estatura, y la muerte lo había reducido

aún más, hasta convertirlo en un manojito de carne correa que apenas le llegaba al pecho a Nergal, y aun eso porque debido a sus heridas este no podía permanecer erguido del todo. Se le acercó con paso seguro, mirándole al rostro desde cuencas vacías en donde tiempo ha se habían podrido los globos oculares. El guerrero no retrocedió una pulgada, aunque tuvo que hacer verdaderos esfuerzos con tal de no golpear instintivamente al ser antinatural.

Cuando se encontró tan cerca que de haber tenido aliento lo hubiera expelido en sus mismas narices, se detuvo, y prosiguió hablando, como si no hubiera habido interrupción:

—Krivanderjager podría traducirse, a modo de burda aproximación, como Avatar del Gran Sueño. Resulta obvio que careces de la inteligencia necesaria para apreciar en toda su magnitud lo que significa, así que iré directo a lo que importa: me perteneces.

Las últimas palabras las había proferido con una potencia atronadora, aunque sin necesidad de hinchar el pecho, abrir más la boca o cualquier otro de los signos de esfuerzo que hubiera requerido un ser vivo. Nergal dio dos rápidos pasos atrás y se puso en actitud defensiva, con las manos desnudas crispadas en puños a falta de otra arma.

—¡Tendrás que demostrar esa afirmación con hechos!

—No tengo que demostrar nada —replicó la momia sin moverse—. Esos tatuajes sobre tu piel lo proclaman. Eres mío. Deberías pertenecerme ahora y siempre.

—¿Debería, monstruo?

—Ah, así que después de todo no eres completamente imbécil. Sí, deberías. Ya te dije que se habían inmiscuido Otros. Me... solicitaron que renunciara a ti.

—¿Por qué?

—Supongo que te tienen un hueco reservado en sus propios planes.

Aquello encolerizó a Nergal. Olvidándose de la cautela se acercó al cadáver reseco y le espetó desde arriba.

—¡No soy tuyo para que puedas cederme! ¡No consentiré servir a nadie!

—Oh, lo harás. Créeme. Donde la Muerte se pliega, la carroña no tiene ni voz ni voluntad para plantear resistencia.

—Eso es solo tu opinión. Pienso volver con los de mi clan y quedarme en la aldea hasta hacerme viejo —prometió el guerrero, un poco más calmado—. Por lo que se desprende de tus palabras, ya no tienes nada que ver conmigo. Te lo preguntaré por tercera vez: ¿Qué quieres de mí?

—Aún pueden pasar muchas cosas antes de que te reúnas con los tuyos. Simplemente quiero estar a tu lado, por si acaso.

—¿Interferirás?

—En absoluto.

—¡Entonces échate a un lado! —le gritó, mientras asía el mango del cuchillo y empujaba con el pie en el pecho de la momia para desincrustarlo, lanzándola hacia atrás con violencia—. ¡No soy tuyo! ¡Ni de nadie!

—Veremos —contestó la Muerte desde el suelo. Su voz volvía a sonar calmada y razonable. De hecho, si se hubiera visto obligado a admitirlo, Nergal hubiera jurado que el muy bastardo sonreía.

IV

Cuando empezó a caer la noche aún se encontraba en la alta montaña. Había pocos árboles dignos de ese nombre, y el frío aumentaba. Los temblores de Nergal eran ya apenas controlables. En aquella ocasión, si pasaba la

noche a la intemperie ya no llegaría a ver la luz de un nuevo día. A su lado, en marcado contraste por su impasibilidad, caminaba la Muerte. Tras ellos solo quedaba una doble hilera de huellas. Donde el cadáver animado posaba su pie, la nieve se contraía para hacer hueco a la inhumana extremidad, pero cuando esa porción de terreno volvía a quedar a la vista, el manto helado aparecía intacto.

Con obstinación, el cazador prosiguió avanzado durante unas tres leguas antes de que la certeza de su próximo fin fuera haciéndosels cada vez más clara en el corazón. Cuando desfallecía, le bastaba mirar a su silencioso acompañante para apretar los dientes y proseguir adelante un poco más, testarudo contra toda esperanza. Llegaron así al último paso de montaña. A partir de aquella elevación, casi todo el camino era cuesta abajo hasta llegar a la aldea. El problema era que estaban aún muy lejos y ya casi no había luz. De seguir adelante, no llegaría jamás con vida.

Entonces vio su salvación. Contra todo pronóstico, unos pocos metros más adelante, protegidos por una pequeña pared rocosa, habían logrado arraigar un par de árboles: un roble y un fresno. Ambos eran de porte bajo y tronco retorcido, y estaban completamente desprovistos de hojas. Nergal estudió su situación y sintió brotar una última reserva de energía en su interior. Se acercó hasta ellos y procedió a cortar con el puñal un buen puñado de ramitas del roble, luego un par de ramas finas y rectas y, por último, trabajando con parsimonia, una bien gruesa. La Muerte se quedó a cierta distancia, viéndolo obrar, sin hacer el menor gesto por contribuir al esfuerzo. Al cabo de un tiempo, sin embargo, dijo:

—Supongo que sabes que a ese ritmo te agotarás antes de haber logrado cortar suficiente leña. Y aún tienes que encender el fuego.

Nergal no le hizo el menor caso y siguió aplicándose con paciencia a su tarea. La madera estaba húmeda y conservaba cierta elasticidad, y la hoja del cuchillo no era la herramienta más adecuada para cumplir la función de sierra, pero al cabo de un rato, sus fatigas se vieron recompensadas con un crujido que indicaba que había conseguido desgajar esa rama del árbol. Sin perder un instante, se dispuso a cortar el extremo, donde empezaba a disminuir de grosor. Aunque la madera era dura, no podía permitirse el lujo de impacientarse. Por último, tuvo en sus manos una vara resistente y de la longitud adecuada para sus fines. Necesitaba leña, suficiente leña para toda la noche, pero sin un hacha jamás lograría cortarla lo bastante rápido como para burlar a la presencia ominosa que espiaba sus movimientos. La solución cabía encontrarla más arriba.

Equipado con la tranca buscó una pendiente poco abrupta y escaló el pequeño promontorio que se elevaba sobre los árboles. Sus fuerzas estaban muy consumidas, pero se había criado en las montañas y prácticamente había aprendido a trepar antes que a caminar. Cuando llegó a la cima, se giró para buscar con la vista a la Muerte y no se sorprendió demasiado, pese a no haber escuchado ningún ruido que la delatara, de encontrarse con que la maldita momia aguardaba con paciencia pétreca su próxima acción, a escasos pasos tras él.

—Observa —le ordenó, al tiempo que introducía el extremo más grueso de la rama en la base de una roca, que se mantenían en un equilibrio inestable justo al borde del declive.

Una vez estuvo satisfecho con la inserción, arrastró con los pies otra piedra más pequeña para que le sirviera de fulcro e hizo palanca con todas sus fuerzas. Su cuerpo, debilitado por las exigencias físicas a que lo había sometido y por las privaciones, no estaba en disposición de desarrollar mucha potencia. «Toda su fuerza»

equivalía apenas a dejar caer su peso sobre el extremo suelto. Era un hombre bastante grande, pero el hambre de muchos meses lo había dejado reducido a huesos anchos y músculos fibrosos pero de escaso volumen; la masa rocosa osciló un poco, sin llegar a desplazarse de su ubicación ancestral.

—Me imagino que no querrás ayudarme —propuso Nergal con voz entrecortada a la Muerte.

—Lo siento, creo que me abstendré. Espero que lo entiendas —le contestó la figura cadavérica, con una parodia de encogimiento de hombros.

—Lo suponía —gruñó Nergal, mientras volvía a depositar su peso sobre la rama encajada bajo su axila derecha, con resultados igualmente negativos.

Varió entonces de táctica. Comenzó a hacer oscilar la rama, siguiendo un ritmo, transmitido a la roca, que fue incrementando poco a poco, hasta que juzgó que había llegado el momento de propinar un empujón final. Cuando la oscilación llevó a la roca a su posición más desequilibrada, Nergal saltó y se dejó caer sobre el extremo de la tranca. Con un crujido estruendoso, la madera se rajó, despidiendo astillas en todas direcciones, pero ya no importaba, pues a instancias del último impulso la enorme piedra comenzó a inclinarse cada vez más, hasta que, con extrema lentitud al principio y mayor rapidez después, acabó volteando sobre sí misma y precipitándose por el desnivel. Por el ruido que produjo, debía de haber arrastrado varias rocas menores en su caída sobre los dos árboles.

El picto tardó un rato en incorporarse. El esfuerzo le había hecho sudar y, por primera vez en toda la jornada, se sentía caliente y cómodo sobre aquel lecho níveo. Sabía que era una sensación falsa, y que cuanto más tardara en levantarse mayor cantidad de su precioso calor perdería absorbido por la nieve, un calor que no podría reponer hasta conseguir llevarse algo a la boca. Era una

idea tentadora a pesar de todo. Al fin se irguió, aunque con grandes dificultades. Recogió del suelo los dos mayores trozos que habían quedado de su palanca y los arrojó justo por donde había caído la roca. Ignorando los avisos de dolor que le enviaban todos sus maltrechos músculos, se dispuso a descender de nuevo hasta la plataforma donde se habían alzado los dos árboles.

El resultado obtenido no hubiera podido ser más positivo. La gran piedra había impactado de pleno contra el roble, convirtiendo su tronco en un montón de astillas. Sus ramas, así como las del fresno, habían sido quebradas por pedruscos menores. No le costó mucho esfuerzo reunir suficiente leña para alimentar no una, sino incluso cinco hogueras si así lo hubiera deseado, durante toda la noche. Claro que todavía tenía que prender el fuego, y eso no sería una tarea fácil, pues había estado nevando de forma intermitente durante días, y la madera estaba húmeda. Por fortuna, de entre todas las posibles combinaciones, había tropezado con un fresno creciendo junto a un roble; un árbol de madera blanda y otro de madera dura; una materia prima ideal para la base y otra para el huso.

Rebuscó en el montón de leña que había reunido al principio, hasta encontrar un pedazo de fresno relativamente liso, al que practicó una incisión. A continuación, dispuso de las ramitas de roble que había cortado. Las más pequeñas las depositó en un lugar seco, para alimentar el primer fuego, las largas las afiló para que sirvieran de huso. Se armó de paciencia, pues la tarea que le aguardaba entrañaba una gran dificultad. Lo primero que tenía que conseguir era secar la base. Empezó a frotarla con uno de los husos, sin aplicar demasiada fuerza. En cuanto empezaba a humear se detenía unos instantes antes de proseguir con su tarea. Debía conseguir eliminar por completo la humedad que contenía antes de que se deshiciera. Cuando el humillo comenzó

a aparecer al poco de reanudar el trabajo, supo que había solucionado ese problema. Depositó entonces con rapidez en la hendidura virutas del centro muerto del tronco del roble para que actuaran como combustible primario, y procedió a frotar con energía. Punzadas continuas en los brazos le martirizaban, al tiempo que los hombros se le iban agarrotando, adquiriendo rigidez latido a latido, pero no dejó que esas molestias lo distrajeran. Era fundamental mantener el ritmo. La hendidura en el fresno se ennegreció y, tras lo que le parecieron meses, acabó prendiendo en diminutas chispas rojas. Sopló con cuidado para avivar la llamita. Había llegado una de las etapas cruciales del proceso. Debía dejar de frotar para añadir más combustible al embrión de hoguera. Si se apresuraba, las ramitas no prenderían y la temperatura en la hendidura descendería, sin que probablemente pudiera volver a resistir una fricción prolongada sin desmenuzarse, y si se retrasaba, las virutas se consumirían antes de tener ocasión de transmitir la llama. Por la fuerza de la costumbre, empezó a musitar la fórmula tradicional para solicitar la intercesión de los espíritus ígneos, pero esta no llegó a traspasar sus labios. No quería volver a deberle nada a ningún ente sobrenatural. A partir de entonces, todo lo que lograra sería por sí mismo.

Realizó la operación en el momento justo.

Fue añadiendo ramitas de grosor creciente, hasta que obtuvo un fuego enérgico. Solo cuando se encontró con un par de buenos troncos chisporroteando se permitió relajarse, apoyando la espalda contra la pared del farallón, protegida del viento por los restos del derrumbe que él mismo había provocado.

La Muerte habló:

—Tengo, muy a mi pesar, que felicitarte. En incontables ocasiones he sido testigo de situaciones similares, y muy pocos logran superarlas.

—Guárdate tus cumplidos —gruñó Nergal—. Y lárgate de una vez.

Pero lo dijo sin convicción, más dormido que despierto. Aprovechó la interrupción para alimentar la hoguera de forma adecuada, con la madera verdaderamente gruesa, que era la que se consumiría con mayor lentitud. Apenas había terminado de hacerlo cuando cayó en un pozo de inconsciencia sin sueños. La luz cambiante de las llamas dibujaba sombras siniestras en el rostro apergaminado de la Muerte.

V

Nergal se despertó poco después de que despuntara el sol. Tenía recuerdos vagos de haberse incorporado durante la noche un par de veces para avivar la hoguera, pero sus pensamientos no abarcaban mucho más allá. Pese al fuego, sus articulaciones se habían enfriado durante el sueño y todos sus músculos estaban rígidos; varias heridas que no había notado hasta entonces, reclamaban ahora con insistencia su cuota de atención; un tajo en su costado se le había abierto y había sangrado un poco; por añadidura, de entre todas estas molestias, no era la menor el vacío de su estómago. Se incorporó con dificultad, maldiciendo a todos y cada uno de los nuevos dolores que le atormentaban, y se apartó de su improvisado refugio para orinar sobre la nieve.

La tormenta había remitido, y la naturaleza parecía empeñada en compensar su mal genio de la víspera. El sol brillaba esplendoroso, deshaciendo con su calor los últimos reductos de nieblas matinales. Nergal aspiró profundamente el aire de la montaña. Pese al estado en que se encontraba, se sentía optimista. Había sobrevivido a la noche; la próxima la pasaría arropado entre las pieles en su hogar. Se dio la vuelta y la sonrisa que asomaba

a sus labios se congeló. Sentada sobre los restos del roble había una momia reseca. Cualquiera hubiera dictaminado que se trataba de un cadáver, congelado en aquella posición desde tiempo inmemorial, pero Nergal sabía que no era así.

—¿Qué demonios pretendes ahora? —le espetó a la Muerte—. ¿Ves aquel hueco entre las dos peñas? Una vez lo alcance ya solo me quedará un cuesta poco pronunciada hasta mi aldea. Nada podrá impedirme llegar a ella antes del anochecer. ¡Admite tu derrota y esfúmate!

La Muerte no se dignó a darse por enterada. Siguió tan inmóvil como una roca, hasta el punto que Nergal empezó a pensar que la fuerza que había animado el cadáver lo había abandonado. Entonces, los tendones del cuello se contrajeron e inclinaron la cabeza, componiendo el gesto de escuchar algún sonido distante. Poco después señaló hacia el bosque que la nueva visibilidad diurna permitía distinguir media legua más abajo. El picto la imitó con inquietud, clavando sus ojos en la oscuridad bajo los árboles de hoja perenne. Al poco tiempo escuchó un sonido que le hizo estremecerse de pies a cabeza: el lento y lúgubre aullido de un lobo llamando a sus hermanos a la caza.

Aguardar a un nuevo aviso hubiera sido una necesidad. El guerrero se aseguró de que aún tenía el puñal, bien sujeto en su funda, y escogió de entre las que se habían librado de las llamas la rama desgajada que mejor pudiera servirle de maza. Constituía un arma muy pobre, por no entrar a considerar que su peso dificultaría la huida, pero si las fieras lo alcanzaban iba a necesitar algo para mantenerlas a raya. Aún no se había apagado el eco del aullido cuando ya se apresuraba, a un ritmo moderado que en teoría debería ser capaz de mantener hasta llegar a territorio amigo, en dirección a la salvación.

Al cabo de las primeras leguas, sin embargo, resultó evidente que su optimista plan inicial no iba llegar a buen puerto. Los aullidos de los lobos que le perseguían sonaban cada vez más cercanos, a pesar de que ya había apretado el paso varias veces, hasta entregarse a una carrera desesperada que consumía al mismo ritmo vertiginoso sus energías y sus esperanzas. Ya había empezado a discernir sombras corriendo a sus espaldas, aún demasiado lejos para distinguirlas con claridad, pero aproximándose de forma constante. Le había parecido contar cinco animales. No eran muchos para tratarse de una manada de lobos, pero en las condiciones en que se encontraba eran más que suficientes para poner fin a su vida. El cansancio le hizo tropezar y estuvo a punto de caer entre unas rocas. No lograría escapar por velocidad o resistencia. Lo mejor que podía hacer era elegir el escenario más adecuado para el enfrentamiento. Se detuvo, jadeante, para analizar la situación.

Sentía un sabor amargo en el fondo de la boca y calambres en el estómago. Realizó unas cuantas inspiraciones profundas antes de poder erguirse para inspeccionar los alrededores. Un poco a su izquierda se encontraba la Muerte, tan impasible como siempre, sin mostrar el menor signo de cansancio. No se había fijado en si había corrido a su lado todo el camino o si, simplemente, le había estado esperando en aquel mismo lugar desde el principio del tiempo. Trató de ignorar su presencia, aunque por entonces el odio que sentía hacia aquella criatura era casi lo único que lo mantenía en la lucha. Si fuera a servirle de algo, le hubiera encantado destrozar su cráneo marchito con la tranca de roble, pero aunque aquello tal vez le satisfaría, no iba a solucionar nada. No, el único modo de frustrar sus designios consistía en sobrevivir, y para ello debía vencer a los lobos.

A corta distancia, observó que un arroyo había excavado a través de los siglos un profundo lecho en la

montaña. Sopesó los inconvenientes de quedar atrapado y las ventajas de recibir los ataques por un solo frente y, a la postre, decidió que sería allí donde se enfrentaría a su destino.

Bajó hasta el torrente por un punto donde los márgenes no eran escarpados en exceso. Una vez alcanzado el fondo, comenzó a correr en la dirección en que las orillas se hacían más abruptas, para asegurarse de que no sufriría acoso por los lados. Así avanzó un cuarto de legua, saltando de roca en roca en aquellos puntos en que la garganta se estrechaba tanto que el riachuelo apenas dejaba espacio sin cubrir. Durante el deshielo, aquella corriente de agua debía convertirse en una masa rugiente y espumosa, y en pleno invierno sería una cinta de hielo, pero ya se insinuaba la primavera, así que discurrían unos dos palmos de agua gélida, cuyo origen podía encontrarse quizás en los pocos días comparativamente cálidos, como el presente, que empezaban a disfrutarse en Raajniak.

Ya pensaba que no iba a encontrar un lugar adecuado para plantar cara a sus perseguidores cuando de pronto, tras una revuelta brusca, llegó hasta un remanso helado. En ese punto, las paredes del barranco se disponían casi verticales y se separaban, y el agua se expandía hasta ocupar toda aquella superficie, casi circular, de unos veinticinco codos de diámetro. Nergal sabía que algunas de aquellas pozas podían tener varios codos de profundidad, aunque eso era un extremo imposible de comprobar en aquel caso en concreto, pues al aumentar la anchura del torrente el flujo se había ralentizado lo suficiente como para que la superficie del agua se congelara. Estando la estación fría en declive, la capa de hielo no debía de ser muy resistente, especialmente en el centro, así que con sumo cuidado se desplazó, arrastrando los pies, por el borde el remanso, donde la costra sería más gruesa, hasta alcanzar el otro

extremo. Una vez allí asió con fuerza la tranca y se dispuso a esperar, tan imperturbable como la propia Muerte, que se encontraba ahora a sus espaldas, aguardando el desenlace del drama.

La espera no resultó larga. Pronto se escucharon los ruidos propios de una persecución: un sordo gruñido, un chapoteo, una piedra rozada que chasqueaba contra sus vecinas... Al poco, cuatro lobos asomaron sus hocicos babeantes al otro lado del remanso. La hambruna también había causado estragos en ellos. La falta de presas los había afectado del mismo modo que al clan que había tomado prestado su nombre. Estaban escuálidos. Podían contarse sus costillas, destacando sobre una piel lacia. Pese a su lamentable estado, eran los supervivientes de la manada; los más fuertes, los mayores, cuatro despiadadas máquinas de matar. Ya no aullaban, solo gruñían amenazadoramente, mostrando los incisivos con el morro arrugado, las colas tiesas y el pelo erizado. En cuanto dispusieron de suficiente espacio, se alinearon para poder atacar por varios frentes.

Nergal se mantuvo atento, con la rama de roble alzada sobre su cabeza, mirando alternativamente a cada animal a los ojos ambarinos. Los lobos tuvieron un instante de vacilación. En condiciones normales no hubieran intentado atacar a un ser humano, pues había presas más fáciles, pero el hambre ofuscaba todos sus instintos salvo los más primitivos. Desnudaron los dientes en una mueca feroz y comenzaron a avanzar por el resbaladizo hielo en dirección al cazador.

Era justo lo que Nergal había estado esperando. Aún no habían alcanzado la mitad de la distancia que los separaba de él cuando, poniendo en ello todas las energías que le restaban, golpeó la costra helada, tan lejos del borde como se atrevió a llegar. Se oyó un fuerte crujido y una red de finísimas grietas se expandió desde el punto

de impacto. Continuó golpeando con insistencia el hielo en ese lugar, hasta que las grietas adquirieron inercia propia y empezaron a abrirse con inquebrantable determinación por toda la superficie helada. Sin darse por satisfecho, Nergal empezó a golpear en otro lugar, un poco a la derecha del primero, retrocediendo unos pasos para evitar caer en el agujero que estaba abriendo.

Los lobos reaccionaron de forma dispar. Si se hubieran lanzado a la carrera hacia su presa quizás habrían llegado antes de que el hielo se quebrara por completo, y si hubieran retrocedido al instante era indudable que se hubieran puesto a salvo sin problemas. Pero el hambre los había enloquecido, adormeciendo a la par su instinto de supervivencia, y dudaron sobre si les convenía atacar o retroceder. Con un crujido de particular potencia, una profunda grieta recorrió longitudinalmente toda la superficie del remanso y el agua glacial comenzó a filtrarse por ella. Los lobos, con las orejas pegadas al cráneo y el rabo entre las piernas, parecían aturridos y perdieron el interés por Nergal. De pronto, una porción del hielo, sobre la que se mantenía inseguro el lobo que había optado por seguir la trayectoria más directa y que, por tanto, se encontraba en el centro del remanso, pivotó sobre sí misma, enviando al animal al fondo de la poza. Quizás no fuera demasiado profunda, pero el peso del hielo bastó para que no volviera a la superficie.

El segundo de los lobos que avanzaban más o menos por el centro del remanso se lanzó entonces, como espoleado por el destino de su compañero, a una loca carrera hacia delante. Casi había alcanzado la posición de Nergal cuando pasó sobre el segundo punto donde el picto había estado golpeando el hielo. No hubo aviso. Ni grietas extendiéndose, ni porción de hielo volteando. El animal se hundió súbitamente hasta los ijares, recibiendo un fuerte golpe en el cuello que lo dejó aturrido.

Los otros dos animales habían sido más afortunados. El de la derecha, tras ser testigo de la desaparición de uno de sus compañeros y de los vanos intentos del otro por alcanzar la orilla opuesta, se había quedado paralizado. Cuando las grietas comenzaron a extenderse en su dirección desde el agujero central, se orinó y retrocedió con premura entre gemidos. Desentendiéndose por completo de su presa, se lanzó a la carrera en dirección opuesta y ya no se detendría, por pura extenuación, hasta llegar al bosque. Había dejado de ser un peligro. Todo lo contrario que el de la izquierda, más hambriento quizás, o contando con una superficie más estable, que transformó su miedo en rabia y corrió hacia el guerrero con las fauces abiertas, lanzando espumarajos y con los ojos inyectados en sangre, dispuesto a saltarle al cuello y desgarrárselo.

Nergal apenas tuvo tiempo de voltear la rama de roble e impactar con ella en la cabeza al animal, estampándose contra la pared rocosa. No había sido un golpe demasiado fuerte, pero quiso la fortuna que fuera aquella una zona de la pared con afiladas aristas, que le causó a la bestia un daño mucho mayor de lo que hubiera sido de esperar. Con todo un lado de la cabeza arruinado, habiendo perdido un ojo y sangrando copiosamente, el lobo hubiera necesitado cierto tiempo para recuperarse, aunque solo fuera un tanto, pero Nergal no se lo concedió. Alzó su arma y la dejó caer con fuerza sobre su cráneo. Cegado por una furia asesina, siguió golpeando una y otra y otra vez, sin importarle dónde impactaba ni que pronto el animal fuera ya apenas reconocible como un lobo.

Así hubiera continuado por tiempo indefinido, salpicando sangre por las paredes y la superficie del hielo, quizás hasta que la rama hubiera terminado de astillarse entre sus manos, de no ser por la intervención de otra de las alimañas, a la que quizás había descartado como

amenaza con excesiva ligereza. Se trataba del segundo lobo, el que se había hundido cuando estaba a punto de alcanzarlo. En aquella zona la poza no tenía ni dos pies de profundidad, así que no se había hundido, sino que tras recobrase se había aupado hasta terreno firme y había lanzado un torpe ataque por sorpresa. Tan ofuscado estaba Nergal que la primera noticia que tuvo del peligro fueron los colmillos cerrándose sobre su brazo derecho y haciéndole soltar la tranca.

El peso del lobo desequilibró al guerrero, haciéndolo caer hacia delante. Hombre y bestia, unidos en un abrazo mortal, cayeron sobre el hielo, que se partió en mil trozos, zambulléndolos en las gélidas aguas. El frío tuvo la virtud de tranquilizar la excitada mente de Nergal, aunque apenas si logró respirar cuando sus pulmones se negaron a contraerse. Mientras trataba de erguirse, asentando sus pies sobre el fondo cenagoso del remanso, utilizaba la mano izquierda para buscar, con dedos que se iban entorpeciendo por momentos, la empuñadura de su daga.

El lobo parecía haber perdido toda iniciativa, y su única reacción al inesperado chapuzón había sido morder con más fuerza el brazo de Nergal, aunque sin tratar de desgarrar los tejidos, buscando sujeción antes que causar daño. Utilizando energías escamoteadas a las aguas, el guerrero hundió la cabeza del lobo bajo la superficie, por el simple procedimiento de mantener sumergido su brazo diestro, al tiempo que lograba desenvainar el puñal con la mano izquierda. La falta de oxígeno hizo que el lobo soltara su presa y tratara de asomarse a la superficie. Era la ocasión que había estado esperando Nergal. Sin darle tiempo a reaccionar, lo cogió del pescuezo y tiró hacia arriba, procediendo a acuchillar repetidas veces su cuello descubierto. Lo soltó y dejó que las aguas enrojecidas se cerraran sobre el cuerpo agonizante.

Tiritando y con los labios amoratados, Nergal empezó a moverse hacia suelo firme, trepando a duras penas hasta alcanzar un terreno seco. Solo tres pasos, pero necesitó de toda su fuerza de voluntad para darlos. En cuanto se vio fuera del agua, se arrancó las ropas mojadas, cortándolas con el puñal de ser preciso, sin importarle las pequeñas heridas que se ocasionaba por los temblores de sus manos. Se dirigió hacia la única fuente de calor que había por los alrededores, el lobo que había matado con la tranca. Lo rajó y hundió los brazos hasta los codos en su interior, gritando casi por el dolor que el súbito aumento de temperatura le ocasionó. También se preocupó de sus pies, aunque tras un somero examen descubrió que las botas impermeabilizadas habían resistido bastante bien la inmersión.

—Eso ha sido muy impresionante —dijo de pronto la Muerte, de quien Nergal se había olvidado por completo.

—¿Si sigues a-a-ahí, engendro? —logró articular con dificultades, mientras giraba la cabeza para contemplar a su enemigo.

Así fue como logró detectar al quinto lobo, a quien ya había concedido el rango de quimera de su imaginación, instantes antes de que saltara sobre él, procedente del extremo de la garganta opuesto al remanso. Olvidando en ese mismo instante la rigidez de sus miembros, el principio de congelación, las magulladuras, el hambre y el cansancio, tomó en su mano izquierda el puñal, que reposaba sobre el hielo no muy lejos de él y, con mortífera precisión, lo lanzó hacia su enemigo. El arma, pasando a escasas pulgadas de la momia, que era ignorada por el animal, se clavó en la garganta del lobo. La bestia cayó muerta sobre el hielo y se deslizó un trecho sobre la helada superficie del arroyo hasta llegar casi a tocar los pies ennegrecidos de la Muerte.

Una vez se hubo asegurado de que el animal estaba en verdad muerto, Nergal cerró los ojos y se permitió un largo suspiro. Los volvió a abrir a tiempo de comprobar cómo la momia iba volviéndose traslúcida. Nergal sonrió, y hasta ese simple gesto le resultó doloroso.

—Te he vencido.

—No seas ingenuo.

—No has podido llevarme contigo.

—No debía hacerlo. Has sido elegido... para otras funciones.

—¿Por qué razón si no has estado rondándome todo este tiempo?

—Hasta la vista, Nergal, pronto volveremos a vernos —comentó la Muerte, eludiendo la pregunta; ya se podía ver con total claridad lo que había tras su etéreo cuerpo.

—No querías apoderarte de mí... —musitó Nergal—. ¡Querías evitarlo! ¡No deseabas que muriera! —le gritó a la presencia insustancial.

Quizás la Muerte sonriera, aunque eso era algo difícil de asegurar, dado que ya apenas se distinguía contra el fondo blanco del barranco nevado.

—¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué? —insistió Nergal, desgañitándose.

Por entonces no quedaba el menor indicio de ningún cadáver sobrenatural, pero aún escuchó, bien fuera porque la voz rompiera de verdad el silencio de la mañana o porque la oyera en su mente, la respuesta final de la Muerte:

—Hay otros designios dispuestos para ti. Pero eres mío, siempre lo serás, y para demostrarlo, antes de abandonar las montañas me rendirás otro servicio.

—¡No soy el esclavo de nadie! —proclamó Nergal—. ¿Me oyes, Muerte? ¡Viviré la vida que siempre he deseado! ¡Por mí, podéis iros tú y esos Otros al infierno!

No hubo respuesta para sus bravatas. De repente se sintió un estúpido, gritándole desafíos a la nada. El enfado al menos le había servido para recuperar un poco de movilidad en las extremidades. Hacía un día bastante agradable. Si conseguía salir de aquel barranco podría terminar de calentarse al sol. Mientras tanto, había un cadáver de lobo cuyo calor se estaba desperdiciando.

Comería un poco de su carne, cruda si era preciso, e improvisaría algún manto con su piel y la de su compañero. No necesitaba ser muy bueno. Después de todo, ya no se encontraba demasiado lejos de su aldea. Ahora era seguro que conseguiría regresar a ella. Esa idea lo animó, aunque no pudo evitar pensar en las últimas palabras de la Muerte. Se reafirmó en su resolución: no sería el pelele de nadie. ¡Él era su único dueño!

Alargó el brazo izquierdo para desincrustar con rabia el puñal de la garganta del lobo. Bajo la sangre y otros restos que lo cubrían, distinguió las incisiones que le había practicado el chamán para tatuarlo. Pasó las yemas de los dedos de su otra mano por la superficie excoxiada. A pesar de sus bravatas, supo que jamás podría librarse de aquellos estigmas. Estaba marcado.

Inició, tambaleante, el regreso a su aldea. A sus espaldas aún podían distinguirse, mancillando con su presencia el claro cielo invernal, unas tenues volutas de humo, coronando el valle donde antaño se asentara un extinto clan raajniakiri.

Índice

5

Prólogo

11

La marca de la muerte

49

El monasterio de la Hermandad Roja

109

Tras los muros de Esperanza

177

Aguacero

231

El juicio de Elil

319

La invocación del pícto